

Las relaciones humanas adaptadas deberían estar lejos de ser conformadas en base al “poder”. Ellas son la referencia social donde se encuadran las conductas violentas, donde unas veces se logra el dominio y en otras se cede con el objetivo de dominar a los que nos imponen; es decir, tienen cabida tanto las conductas de violencia de nuestros jóvenes contra el otro género o contra los del mismo, los padres o ante posicionamientos no compartidos....(Hamby, 2017). El comportamiento humano es regulado a través de normas, reglas o convenciones explícitas o implícitas y mecanismos de control que obedecen a patrones jurídicos, culturales y morales que son inherentes a la propia sociedad. A su vez, la adolescencia y juventud, periodo objeto de nuestro simposio, se caracteriza por la transición, la inestabilidad y la exploración, los cambios y el predominio de influencias del medio ambiente social y familiar, donde más visibiliza la conducta problemática desde edades cada vez más tempranas; estas pueden provocar en el futuro un problema asociado a las consecuencias que ocasiona la adaptación del individuo a su medio.

Las relaciones de agresión-victimización entre jóvenes, con la autoridad, los mayores, ..., lejos de ser una forma esporádica e intrascendente de interacción, es actualmente altamente preocupante con la presencia de un aumento en las conductas antisociales. A su vez, las explicaciones de ello son numerosas, variadas, ampliamente estudiadas y escasamente consensuadas asumiendo la necesidad de enmarcarlas de una manera adecuada, en tanto se asuma que nuestra sociedad busca preparar y entrenar a los individuos en relaciones de poder para hacer frente a exigencias socioeconómicas y culturales del contexto, del medio; es decir, una familia y la escuela dentro del contexto alejado de promover aprendizajes significativos y competencias de conocimientos de orden superior para el logro de adaptaciones satisfactorias.

Asumido ello como objetivo, y aunque no sea posible profundizar y ni tan siquiera enumerar por completo los retos pendientes en nuestras intervenciones, sí se destacarán alguno de especial relevancia: nos inquieta la adaptación de nuestros jóvenes, en tanto se trata de comportamientos alejados de una convivencia prosocial, es decir, se identifica con la presencia de un joven desorganizado, fragmentado, disperso, hostil, ansioso, ... inadaptado social con presencia de comportamientos antisociales; frente a este se encuentra aquel

sustentado en comportamientos de empatía, sensibilidad social, respeto, sinceridad, valentía, ... Aquí, no podemos olvidar que es necesario resaltar dos perspectivas: agresor y víctima.

El día a día del joven del siglo XXI lleva a sostener que la cordialidad ha dado paso a la agresividad, la sensibilidad al egocentrismo, al sadismo, al maquiavelismo, Las relaciones personales son una fuente de obtención y mantenimiento del poder; las conductas violentas son reforzadas, buscando en ellas la sumisión, el sometimiento de la víctima. Se da un acople perfecto cuando a la conducta de violencia se le responde cediendo, permitiendo el deterioro de convivencia, al mismo tiempo que favorece la queja sistematizada y no considerada; se habla de comportamiento aceptado socialmente y/o producto no comprendido. La realidad nos indica que las 'buenas maneras' han dejado de estar presentes como elemento básico de las relaciones interpersonales, especialmente entre los adolescentes y los jóvenes. No es extraño que en las charlas informales hagan acto de presencia los insultos y gestos violentos, apareciendo los mismos con total preocupación más allá de los entornos coloquiales y lejos de las Reglas Básicas de Convivencia: ¿Llegaste?, ¡saluda!; ¿Te vas?, ¡despídete!; ¿Encendiste?, ¡apaga!; ¿Abriste?, ¡cierra!; ¿Rompiste?, ¡arregla!; ¿Ensuciaste?, limpia!; ¿Mojaste?, ¡seca!; ¿No sabes cómo funciona?, ¡no toques!; ¿No sabes hacerlo mejor?, ¡no critiques!; ¿No viniste a ayudar?, ¡no molestes!; ¿Pediste prestado?, ¡devuelve!; ¿No te pertenece?, ¡pide permiso!; ¿Hablaste?, ¡hazte responsable!; ¿Prometiste?, ¡cumple!; ¿Ofendiste?, ¡discúlpate!; ¿Compraste?, ¡paga!; ¿Te ayudaron?, ¡Agradécelo!; ¿Te equivocaste?, ¡admítelo!...

La violencia como mecanismo, y forma presente en el desarrollo de relaciones interpersonales, está disparando una fuerte alarma social que puede llegar incluso a parecer justificada, fácilmente de observar si consideramos lo que nos ofrecen los diferentes medios de comunicación (periódicos, TV, redes sociales,...), junto a los problemas de salud mental en nuestros jóvenes que no confrontamos; frente a ello, nuestro contexto dista mucho de justificar tal pensamiento, al mismo tiempo que los estudios sobre ello son escasos y casi todos parciales –no van más allá de ofrecer una visión reducida del fenómeno 'antisocial' y predecir la manifestación de agresividad e inadaptación social en la

adolescencia y la juventud de hoy- (Fernández-Ríos, & Rodríguez-Díaz, 2002, 2007; Rodríguez-Díaz, & Rodríguez-Franco, 2009).

Las ponencias en esta mesa buscan confrontar datos de diversas realidades y situaciones que en nuestro país que no resultan alarmantes, en tanto nos comparemos con otros países desarrollados, como EEUU o Francia. Asumiendo esto, la contribución en la mesa de expertos es reconocer la realidad diaria como refuerzo social a la conducta violenta, así como las directrices a tomar para responder de una manera diferente a la actual para construir una nueva realidad. La apuesta de la mesa, en ello, no puede ser otra que centrarla alejada del castigo, con aportación al crecimiento personal, y centrada en favorecer el paso a una realidad donde el adolescente y el joven pueda ver otras alternativas, y pueda ser consciente tanto del daño causado como de poder sufrir sus consecuencias, es decir, el coste de un futuro donde siendo el dueño se aleja del refuerzo del 'poder' y se reconocen límites considerando 'al otro'.